

PUBLICACIONES Cinema

075  
PTAS.

KEN MAYNARD  
RUTH HALL  
(TARZAN)

en



EL POTRO  
INDOMABLE



JAMES, Alan

# EL POTRO INDOMABLE

Strawberry Roan 1934

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

~~RAY TAYLOR~~



UNA PRODUCCIÓN



DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220      Teléfono 80035      BARCELONA

Argumento narrado por  
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉPRETES:

KEN MAYNARD

RUTH HALL

CON LA COLABORACIÓN  
DEL CÉLEBRE CABALLO

TARZAN

---

EN PREPARACIÓN:

POR MANDATO IMPERIAL, interpretada por  
HANSI KNOTECK y OTTO GEBÜHR

---

TALLERES GRAFICOS  
VDA M. BLASI. - BARCELONA

---

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCIÓN

---

## EL POTRO INDOMABLE

ARGUMENTO DE LA PELICULA

---

CAPITULO I

### UNA HISTORIA MARAVILLOSA

La noche era mirifica y los muchachos del viejo rancho «Toro Bravo» habían salido afuera a respirar el fresco. Solían hacerlo todos los días que duraba la canícula, que en el Arizona es una especie de vaho infernal; Santiago y Alejandro, dos barraganes maduros ya, todo simpatía y bondad, rasgueaban regularmente la guitarra y la bandola, y, a su compás alguna que otra voz favorecida de la gafanía entonaba coplas del más sano buen humor. Era una expansión inocente y barata que los dulces tamarindos que decoraban el zaguán del caserón de tabla presidían todos los veranos al anochecer. Se esperaba así la hora de acostarse, y, como entre este puñado de bravos de lazo y grupa reñaba una camaradería ejemplar, las veladas eran una interrumpida sarta de chascarrillos, con su consiguiente y franca hilaridad, que los resarcía a todos de la ruda labor de la jornada.

Generalmente, a esta hora, el señor Jaime se había retirado ya a descansar y oía complacido las explosiones de júbilo de sus gafanes, entre quejido y gemido que el maldito ataque de reuma arrancaba de su garganta cavernosa. Porque el señor Jaime tenía reuma hasta en los meses de más calor, achaques connaturales de la edad, que, en el magnánimo propietario del «Toro Bravo», había llegado a la de sesenta años. Echado boca arriba en la cama, mientras esperaba que las dulces alas de Morfeo adormeciesen el capricho de su maldito reuma, se complacía en

evocar los días, aun no muy lejanos, en que su amante hija Alicia era todavía soltera. Hacia esto apenas dos años, y, sin embargo, parecían ya dos siglos; es que en dos años habían sucedido en el rancho cosas verdaderamente extraordinarias; el mismo personal de la hacienda había cambiado todo, no quedándose del antiguo más que los dos leales jayanes: Santiago y Alejandro.

De repente, en lo mejor de la algaraza sonó un grito.

—¡Ahí está Pepe!

Santiago y Alejandro se habían alzado y abrazaban a un mozo de figura atlética y simpática presencia. Era el yerno del señor Jaime; habitaba un rancho colindante con el de su suegro, pero cuya casa se levantaba a gran distancia del término de las dos heredades, y ello, hacia que viniese a ver a los muchachos y a su padre político muy de tarde en tarde.

—Eres muy caro de ver — exclamaron Santiago y Alejandro sin cesar de darle espaldarazos fraternales.

Pepe les tenía a ambos abrazados con entrañable efusión y parecía que toda la razón de su visita estaba concentrada en aquella emocionante actitud. Y, si en vez de la tímida luna, hubiese sido el sol el que luciese en el firmamento, todos los presentes hubieran podido descubrir en las broncineas mejillas del fornido caballista, la estremecida estela de unas lágrimas.

—Esto está muy lejos, y el trabajo no falta.

Todos los muchachos se habían agrupado alrededor de Pepe y le miraban con respetuosa alegría; habían llegado a sus oídos historias más o menos vagas de un reciente pasado heroico en la vida del muchacho y se habían acostumbrado a evocarle como a un centauro legendario.

—Me gusta hallarlos con música en las manos y bellas canciones en la boca — exclamó el visitante.

Pepe, era además admirado por su talento musical, no tenía cultura, ¿cómo la podía adquirir si no se había movido en su vida de aquellos páramos salvajes? Pero Dios le había dotado de númen musical, y esto, que es poco frecuente en lugares silvestres le granjeaba la admiración de sus compañeros de fatigas. Máxime cuando corrían, de boca en boca, por las gafanías circundantes cantares de no despreciable inspiración, cuya letra y música había creado él sin más ayuda que la simple caja de un guitarrico o la armoniosa comba de un laúd.

—No nos ha faltado durante algunos años un buen maestro — exclamó Santiago mirándole expresivamente.

—Gracias, buen Santi —repuso el gallardo mozo—. ¡Cuánto echo de menos aquellas veladas y aquellos cantares!; por cierto que hoy al venir no me ha movido otro sentimiento que el de la música, me decía el alma que os había de encontrar puntean-

do y rasgueando; dejé excelente simiente aquí. Vosotros tenéis guitarra y bandola y además...

—¿Con que a eso has venido? — exclamó Santi con entusiasmo. — Bravo hombre! Pues no te dejaremos marchar sin que antes nos cantes la canción esa del caballito roano, tu creación cumbre. ¡Ah, también yo recuerdo aquel día en que el bruto infernal te la inspiró...!

—¡Que cante!

—¡Que deje oír su voz!

—¡Y que rasgue con esos cinco!

Las exclamaciones cesaron hasta que Pepe cogió el guitarrico, y empezó a cantar. La cobla giraba toda ella alrededor de un estribillo, en el que se hacía una alabanza hiperbólica y ardiente de un potro salvaje roano. En el inspirado cantar, salían a relucir las cualidades del bravo domador, del propio Pepe, que acababa triunfando de la esquivez bravía y portentosa del insólito potro. Al terminar estalló una salva de aplausos, y, uno de los jayanes que se sentaba al lado de Santi dijo a éste torciendo la boca con incredulidad:

—Eso del caballito roano no debe ser más que una leyenda de su invención.

—De la invención, de quién? — atajó el simpaticote jayán con ademán escandalizado.

—Pues, ¿de quién habrá de ser? De Pepe.

—Quita hombre; sabe que ese cantar fué inspirado por el mismísimo potro roano, es una historia, sí, señor, una auténtica historia que hace poner los pelos de punta.

—Vamos hombre —dudó el gañán acentuando su mueca incrédula—, tú pretendes tomarme el pelo, que Pepe invente cantares pase, pero que dome potros infernales no, eso no pasa ni con lubricante de tu encomio.

Santi se levantó amoscado, y sin dignarse replicar al descreído una sola protesta llamó:

—Pepe, vamos a ver: ése no cree en el caballito roano, dice que es filfa de tus cantares.

Pepe, puso su manaza en el hombro del vaquero incrédulo y replicó con la mayor amabilidad y con inflexión de voz sofadora:

—Santi dice la verdad, muchacho, el caballito roano existió y fué en no lejanos días, una epopeya formidable de mi vida. Por ello soy lo que soy, y puedo detentar la honrosa distinción de yerno de D. Jaime.

A esas palabras del caballista se hizo un ambiente de honda expectación entre los vaqueros y uno de ellos un gañán osado y francote, exclamó sinceramente.

—Por el rabo del diablo, hombre, es temprano todavía y hay tiempo para contar hasta la historia del mundo, que nos cuente, pues, Pepe esa del caballito roano.

—¡Sí, sí! —aprobaron Santi y Alejandro con entusiasmo—. Eso es, cuéntanos la historia, Pepe.

—¡Que la cuente! —coreó toda la gañanía.

—Pues allá va.

Y, esto diciendo, el arrogante caballista sentóse al suelo con aire complaciente, se acomodó la canana en que su certero revólver dormía el sueño de la paz, sobre los riñones para que no estorbase el fogoso ademán de sus membrudos brazos, y comenzó:

—Sería ocioso que empezara por explicarlos lo que es un caballo roano; todos sabéis, centauros maravillosos, que cuando de un bruto se dice que es roano es porque su pelo está mezclado de blanco, de gris y de bayo; tampoco ignoráis que este último color es una especie de blanco amarillento. Pues bien, el caballo de mi verdadera historia estaba cubierto de este pelaje fantástico cuyo brillo al ser herido por el sol... pero no, no nos adelantemos, harto tendré que describirlo en todos sus insólitos pormenores; comencemos por el principio.

Todos los vaqueros se apretujaron alrededor de Pepe en un movimiento nervioso de honda expectación e interés. El simpático muchacho prosiguió:

—Allá, por los días en que empezó esta historia que os estoy contando, era yo un simple vaquero de esta casa a las órdenes de D. Jaime, mi actual suegro; Santi y Alejandro no trabajaban todavía aquí, pero eran dos buenos amigos míos que las contingencias de la vida, y, dicho sea de paso, para honor de la verdad, también debido a su incurable haraganería, tenían de continuo desperdigados por ahí como dos perros. Cierta día, en que yo gozaba de asueto, fuíme al poblado de Cantawn para beber un trago y me encontré entre ambos cara al mostrador ante sendos vasos de aguardiente. Santi llevaba su eterno guitarrico, y Alejandro su inoportuno acordeón; eran sus instrumentos de trabajo, recorrían las tabernas, cantaban cuatro romances de su repertorio y luego alargaban su pedigríneo chambergo a la concurrencia, la cual, quien más, quien menos, dejaba caer en él, el óbolo maquinal de su indiferencia.

—¿No me dijistéis la última vez que queríais trabajar? —les pregunté, dejando caer en su macizos hombros mi espaldarazo fraternal.

—Hombre, creo recordar que así dijimos —contestó el flamático Santi apurando el vaso de agua de fuego antes de terminar la frase—. Pero es el caso que por mucho que buscamos no

encontramos un rancho en qué desahogar las ganas terribles que tenemos de trabajar.

—Terribles, ¿eh? —remedé golpeándole el cervigüillo con ironía—. ¡Si lo serán, con esta fiebre que os devora, ostensible en vuestras facciones! ¡poprecillos!

—No sería extraño que tuviésemos fiebre, Pepe —respondió Alejandro, que, de espíritu algo más práctico que su compañero de andanzas, llevaba en buena cuenta los cinco días transcurridos en que sólo se alimentaban de mendrugos de pan y vasos de aguardiente.

—Eso se tiene que acabar —les dije con pena y sinceridad—. Os meteréis en un rancho y trabajareis mal pese al enquistado meollo que os aguanta la estampa; a esto os obligare yo. Palabra.

Acababa apenas de pronunciar esta frase lapidaria cuando se produjo un brusco revuelo en la taberna y al volverme para enterarme de lo que sucedía, vi al coronel Bond que acababa de penetrar en el establecimiento rodeado de todos los concurrentes y disponiéndose a pronunciar alguna arenga o cosa parecida, muy en concordancia con su arrogancia y su oficio. El coronel Bond no era ya coronel, es decir, no estaba de servicio activo; no es que fuese muy viejo, al contrario, llegaría a los sesenta años y conservaba una prestancia y una agilidad nada comunes en varones de su edad. Había pedido el retiro prematuramente por cansancio de las armas, deseoso de acabar su vida entre sus queridas casas salvajes, y, a pesar de ello nosotros seguimos, y seguimos aún, nombrándole coronel. Es un hombre este, de extrema bondad y larguezza, poseedor de muchas haciendas y gran fortuna, todos le queríamos por sus virtudes, y él lo sabía y se felicitaba de ello manifestandolo abierta y cordialmente en cuantas ocasiones venían al caso, de aquí, en que él y D. Jaime, entonces mi bueno e idólatrado patron, fuesen entrañables amigos.

Pues bien, como decía, disponiese ante la expectación general a soñar su discurso el coronel, cuanto antes de que hubiese podido empezar apareció en la puerta la figura voluminosa de don Jaime. Al verle me dió un vuelco el corazón, pues su presencia indicaba automática e invariablemente la de Alicia, su hija ¡ay! más bella que la fantasía de un poeta, a la que yo amaba en secreto desde el fondo de mi tímido corazón. Digo que su presencia presuponía sin fallida posible la de Alicia, porque D. Jaime, que ya por aquellos tiempos, sufría constantes ataques de reuma en las piernas, no podía andar más que treinta metros a pie y efectuaba todos sus viajes en el tilburi en compañía de su hija que era la encargada de conducirlo; y como el rancho dis-

taba de Cantawn algunas leguas, no era descabellado suponer que entrando D. Jaime en la taberna, Alicia se hallaba en la puerta sentada en el ligero vehículo.

Acercóse mi patrón al coronel, y, dejando entrever que la reunión de ambos en la taberna estaba preparada de antemano, comenzó el ex militar este discurso.

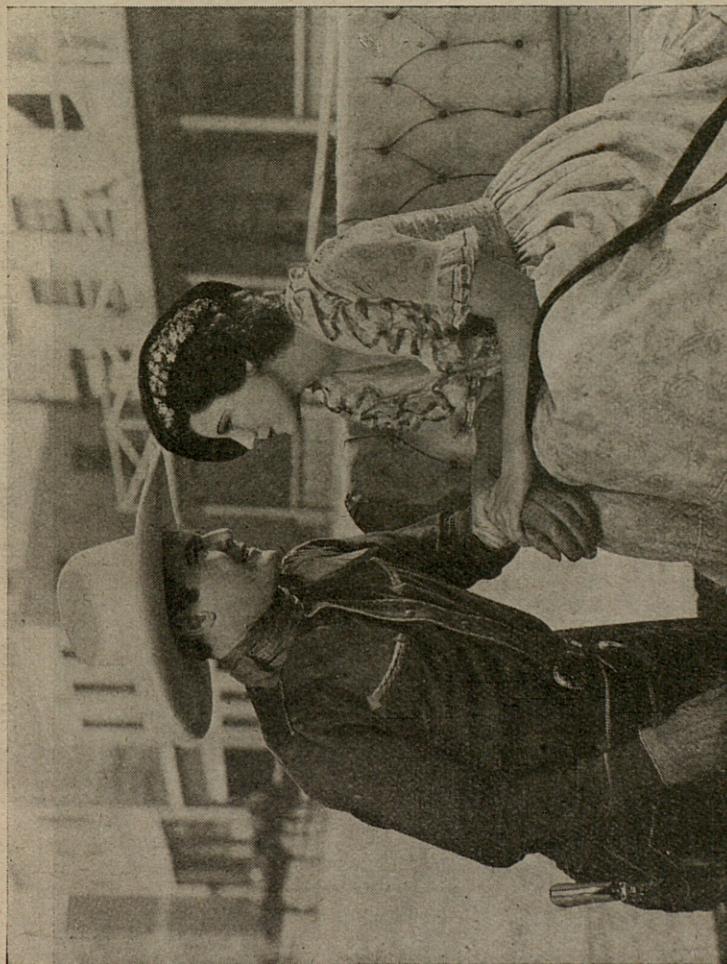
—Muchachos, D. Jaime y el que os habla hemos decidido poner punto final a las correrías del potro roano. Las audacias de ese caballo salvaje acabarían por arruinarnos a todos y sería bien triste para el hombre tener que confesar un día que su inteligencia y su valor han sido vencidos por el instinto caprichoso de un caballito activo. Habéis de saber, que a Jaime no le quedan casi yeguas en la piara, y, otro tanto, puedo decir yo de la mía, el caballito se las lleva al parecer, y, amigos míos, que se tolere en Oriente la existencia de un sultán es cosa pasadera, pero en el Oeste americano, no. He venido, pues, aquí en busca de unos cuantos tíos bravos dispuestos a luchar contra el caballo, roano y a pregonar que al que lo caze y lo dome le haré entrega en propiedad de una de mis mejores haciendas. Hoy mismo se organizará la batida con el grueso de los muchachos de Jaime y la compañía de todos cuantos apetezcan el premio y para granejárselo quieran formar parte en la expedición.

Al oír estas palabras el corazón volvióme a dar un vuelco que acabó poniéndome la preciosa visera al revés y con ella el mismísimo cerebro, porque me atreví a hacer lo que hasta aquel día había reputado para mi espíritu punto menos que imposible, esto es, abalanzarme a la puerta, acercarme a Alicia, que, como había instintivamente supuesto, se hallaba afuera, sola y graciosamente sentada en el tilburi, y decirle apasionadamente, mirándole a los ojos sin pestañear.

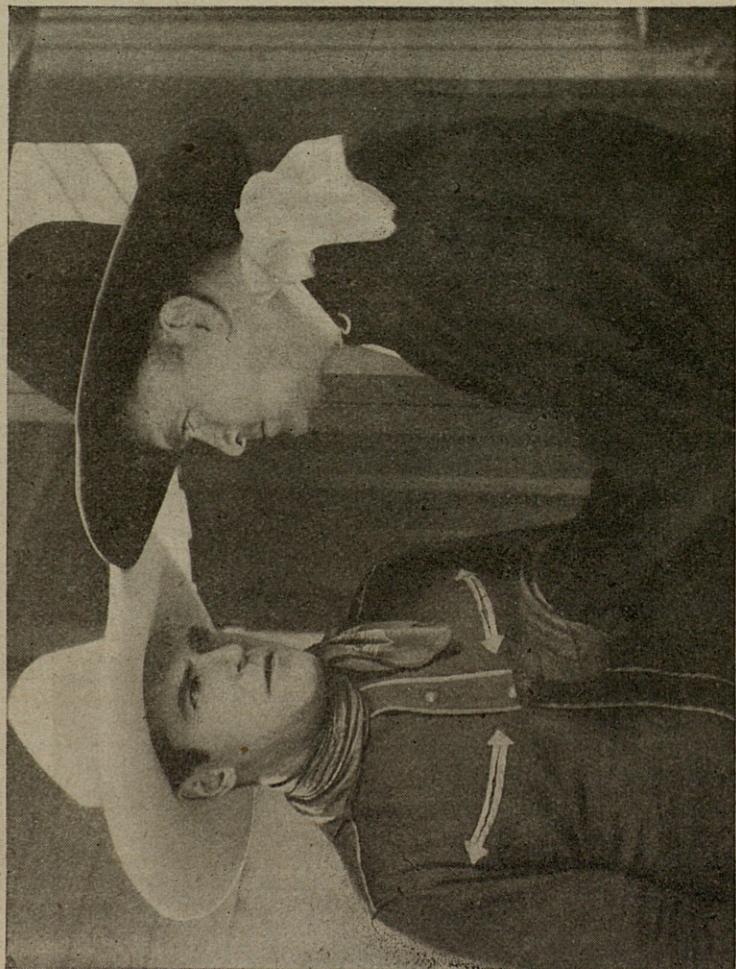
—Está pronto a realizarse el sueño más hermoso de mi vida.

Alicia me sonrió de una manera tan dulce que se me trabó la lengua durante algunos instantes. Yo no sabía cuáles eran sus sentimientos hacia mí, porque aquella criatura era un ángel de bondad y amabilidad para todos, pero acariciaba en el fondo de mi pecho la secreta esperanza de que no le era completamente indiferente, a juzgar por la frecuencia con que bajaba los ojos cada vez que la miraba; y esa vez lo hizo con tanta y tan encantadora turbación, que me atreví a formular audazmente mi pensamiento.

—Figúrese usted, Alicia, que de un tiempo a esta parte vengo preparando mi vasto plan de vida futura y de hombre prudente y reposado, y, que teniéndolo ya todo como quien dice dispuesto, esto es, algunos ahorrillos y mujercita que pedir en matrimonio, me faltaba una cosa fundamental: sitio donde estable-



Alicia me sonrió de una manera tan dulce, que se me trabó la lengua durante algunos instantes.



— Tú estás de sobra entre nosotros — me dijo Bart.

cerme, casa en fin, rancho en que erigirme amo y comenzar mi carrera de patrón; pues bien, hace unos minutos solamente que se me acaba de abrir el camino para colmar mi ideal; el coronel regalara una de sus mejores haciendas a quien dome al famoso potro roano. Yo lo haré y seré un gran propietario del Arizona, un hombre feliz que se casará con la niña que ama.

— Me alegraré de todo corazón que pueda realizar sus sueños dorados — respondió Alicia mirándome un segundo para volver a bajar los ojos.

No creo equivocarme al suponer que su voz temblaba ligeramente al decirme esto y al arrebol de sus mejillas se tornó un incendio. Ella había adivinado secretamente que yo la aludiía a ella cuando hablaba de mi futura esposa.

En estas salió D. Jaime, y, a poco el tilburi se alejaba con padre e hija, me quedaba yo extático y embelesado contemplándolo. Estaba así, cuando una mano ruda y breve me tocó en el hombro y al volverme me hallé con el rostro antipático de Bart. Era éste el capataz de D. Jaime, es decir, mi capataz; no quiero significar con estas palabras que era sujeto de mi devoción, ni tampoco de la de mis camaradas de rancho; Bart, era el tipo repulsivo por excelencia: de mi estatura aproximadamente, fuerte, atezado. No tenía garbo ni soltura, llevaba el chambergo con una mala pata monumental y era incapaz de inspirar el menor sentimiento de respeto ni afecto. Pero la principal repulsión que irradiaba su persona se concentraba en sus facciones de expresión sordida y en su mirada recelosa, desconfiada y llena de odio y mal humor. Nadie le tenía apego y todos nos limitábamos a dirigirle las palabras más indispensables y a obedecer sus órdenes compatibles con nuestro deber. Se decía que era muy cobarde, y hasta creo que lo había demostrado. Para no encontrarse solo ante la manifiesta hostilidad que le demostrábamos, Bart contrató a dos jayanes d' confianza, llamados respectivamente, Juan y Jacobo.

Por lo visto, Bart se hallaba en la taberna cuando el coronel hizo su discurso y me había estado observando durante mi breve diálogo con Alicia. Miróme con su dureza habitual y me dijo en tono de despechada insolencia:

— Tú estás de sobra entre nosotros.

Le miré sin responder, con la indiferencia que tanto hería su orgullo, y al verle dirigir disimuladamente la vista hacia el tilburi que se alejaba con la encantadora Alicia comprendí al punto claramente que Bart acariciaba secretos propósitos respecto a mi amada y que después del concurso que acababa de abrir el coronel entre el capataz y yo se alzaba un muro de terrible rivalidad.

## CAPITULO II

### EL POTRO ROANO

El cabillito roano era la plaga de la pradera, de esto hacia mucho tiempo y no había ningún ranchero que no temiese los caprichos de esta especie de sultán. No habrás encontrado a nadie que desconociese sus hazañas, y, el bruto de marras, ya era para todos nosotros una especie de centauro de los bosques, salido de las páginas de una historia de la antigüedad. Verdaderamente, lo que hacia el caballito, era para pasmar al más impávido y a mí confieso que me producía este sentimiento. Que un potro con mal humor, o bien, dotado de un temperamento fuerte y autoritario, se arrogue el derecho de ejercer un despótico mandato sobre las llanuras y los bosques de Arizona campeando por ellos a sus respetos, tomando y dejando a su sabor y relinchando con estrépito y descaro en plena noche fisgándose de nuestro sueño con insolente desprecio de la fiereza de nuestras armas, pase; pero que un cuadrúpedo semejante tuviese el capricho demasiado inteligente y malicioso de ir robando todas las yeguas de los ranchos, y, una que otra vez, bastante frecuente por cierto, se llevase a los machos y los sometiese a su voluntad, esto era ya un hecho demasiado notable que merecía especial atención. Yo, por mi parte, he de confesaros que estaba profundamente intrigado, y, no se por qué clase de deducciones, llegó a la convicción de que el caballito roano era, sí, muy fiero, pero incapaz de tomar por su exclusiva cuenta la iniciativa de secuestrar a todo el ganado de los ranchos de la comarca, y de que en todo aquel asunto andaba enredada la zarpa de mi odioso capataz Bart.

Con esta idea pegada tenazmente en la mollera, incorpóreme a la expedición organizada por el coronel para cazar al potro indomable, que salió una tarde del rancho de don Jaime. Eramos muchos los aspirantes a la codiciada recompensa, y, entre ellos aunque mas por compañerismo que por neta ambición, se contaban los dos admirables e incomparables pelafustanes Santi y Alejandro. Aprovechando la oportunidad del concurso, había propuesto a D. Jaime su ingreso al rancho y éste lo aceptó de buen grado. Formaba también parte de la expedición el despreciable Bart y mi divino tormento y ángel de todas las dulzuras de la tierra: Alicia.

Durante la marcha, no dejé un instante de vista a Bart con disimulo, y, pude observar que estaba sumamente nervioso y que buscaba con especial empeño la compañía de sus dos in-

condicionales Juan y Jacobo; hasta me pareció ver que les dirigía de vez en cuando la palabra con airas de misterio. Yo, por mi parte, procuraba no separarme de mi idolatrada Alicia. no sólo a impulsos de mis sentimientos, sino por intuición de grandes acontecimientos.

De pronto, al llegar a lo alto de una escarpadura, el coronel, que llevaba la delantera, exclamó:

—Señores, ahí está el harem del roano.

Todos nos precipitamos al dorde del declive y nos hallamos con un espectáculo portentoso: se extendía al frente la dilatada hondonada pedregosa y abrupta que cierran al horizonte los barrancos de la Sima del Aguila. A un lado, un suave declive apoyado a un acantilado y bañado encantadoramente por el sol, apareció lleno completamente de caballos. Se hallaban tendidos casi todos con tan confiada indolencia, que la frase del coronel no podía encontrar más digna aplicación. Eran las yeguas cautivas del potro roano.

—¿Qué le parece a usted? —me interpeló el coronel.

—En verdad, le digo, que me parece una cosa muy rara —contesté sinceramente—. ¿Qué hacen esas yeguas allí, y, qué fuerza es la de ese caballito roano que les impide marchar?

Había proferido apenas estas palabras cuando el grandioso espectáculo vino a animarse con la presencia de un potro salvaje alazán, de estampa bravia y soberbia. Bien que el alazán, por ser un caballo de color rojizo, se distingue del roano a gran distancia no pude por menos de preguntar:

—¿Es el roano?

—No —contestó el coronel.

En efecto, no lo era; se trataba simplemente de un potro vulgar que acudía con todas sus galas atraído por el vaho excitante de las hembras. Esto lo descubrimos al cabo de pocos momentos de resonar su relincho orgulloso por los aires, viendo llegar a todo galope otro brioso corcel, cuya piel, al ser herida por el sol, despedía brillantes reflejos blancos, grises y amarillos. Era el potro roano.

Yo no sabría describir la arrogancia indomable de aquella bestia soberbia; yo había visto y montado antes de aquel día brutos veloces cuya estampa movía a admiración a todo el Oeste, pero ninguno como aquél, tenía una presencia tan gallarda. La altivez de su cuello, el bravío desorden de su crín, la soltura y nerviosidad de sus espaldillas, las soberbias curvas de su ijár y de su grupa, el ángulo elegante y ágil de sus corvejones y menudillos, la armónica inclinación de sus rabillas rematadas por reluciente y ancho casco no creo poder tener, yo que soy un admirador apasionado de las bestias, la dicha de poder volverlos a contemplar.

Pero es que estas no eran las únicas prendas de que estaba adornado bruto tan singular, y nos lo demostró él mismo con un espectáculo que todos los que estábamos presentes no habíamos visto jamás. Antes de que el potro alazán que intentaba suplantarle entre la yeguada pudiese apercibirse de él, le cayó encima con fogaosidad sin igual. Por lo visto, el alazán era pagado de su fuerza y vigor, y, lejos de rehuir el combate hizo frente a él y comenzó una lucha brutal. Los estridentes relinchos de ambas bestias ensordecían nuestros oídos, y, como nosotros, las yeguas objeto de la lucha feroz, incorporáronse vivamente contemplándola, al parecer, con reconcentrada atención.

Sería difícil describir circunstanciadamente las incidencias de la singular palestra y las posturas bravias de las dos bestias al atacarse mútuamente; el roano, era el que en todo instante llevaba la iniciativa de la ofensiva buscando incessantemente la pulpa jugosa de las nalgas de su enemigo, en las que hincaba sus dientes con furia terrible, haciéndolas sangrar. También buscaba su garganta robusta, y, recuerdo que una de las veces que logró hincar en ella sus incisivos potentes, el alazán pataleó en convulsiones de agonía. Es curioso hacer observar, que la lucha de dos caballos consiste en la ejecución de un círculo constante, en el que las dos bestias, se buscan a la recíproca las partes musculosas de su cuerpo para des trozarlas. El roano morcía con la rapidez de una víbora y su acción consistía, principalmente, en inflingir el tormento continuado de los más agudos dolores a su enemigo. Esta táctica triunfó y al final de un combate del que la boca más elocuente no acertaría a dar la más ligera idea, el alazán levantóse de un brinco, soltó un relincho que debería ser el grito de venganza de su mancillado orgullo y echó a correr en el colmo del terror para ir a esconder su vergonzosa derrota en la espesura cercana. El roano se irguió, soberbio; había vencido y miró a la yeguada dominador. Era el amo absoluto allí, y, nadie podía atreverse a disputarle su poder sin exponerse a una derrota humillante ante las hembras. Después de haber dado dos brincos jubilosos, enfiló la hondonada al trote, desoso seguramente de pasear su vanidad.

—Esta es la mejor ocasión —opinó el coronel con viveza—. El sentimiento de su victoria le ha cegado y no será difícil echarle el lazo. Uno de ustedes ha de tomar el mando y todos los demás deberán obedecer.

Después de breve deliberación, se convino en que yo era el más experto, y, debía por consiguiente, tomar la dirección de la cacería.

—Hay que hacerle el cerco —dije—. Dividámonos en dos grupos; uno, avanzará sobre el potro por el este, y el restante,

por el oeste. Observad que al frente tiene el roano la muralla de rocas de la Sima del AgUILA, de forma que quedará forzosamente atenazado en los dos garfios que le vamos a tender.

Obedecióse mi orden por ser considerada acertada y nos dividimos inmediatamente. Yo había observado a Bart con el rabillo del ojo, y, pude ver perfectamente cómo hacía un guño inteligente a Juan. Procuré llevarme aparte a Alicia, que formaba parte de mi grupo, y le dije con rapidez:

—Ocurra lo que ocurra, procure no perder de vista a Bart.

—¿Por qué? —interpelóme mi amada con estupor.

—Mucho me equivoqué, o Bart tiene un gran interés en que no logremos cazar el roano. No me pregunte nada y obedézcame ciegamente: después ya hablaremos con más calma.

¡Ah!, he de confesaros que siempre había tenido la conciencia de estar dotado de un instinto de sabueso sagaz, y, aquella vez, hube de cerciorarme de ello. Exactamente como había supuesto, mientras yo prevenía a mi amada, el único aliado fiel con que podía contar, Bart daba en secreto a su incondicional Juan, no lejos del lugar en que estábamos nosotros, esta orden terminante:

—Haz todo lo que puedas para que no puedan cazar al roano; si lo quitan de la selva ya no podremos robar más caballos.

—Eso es muy delicado —respondió Juan—. La menor acción sospechosa puede perdonarnos.

—No seas imbécil; tú te apañas. Hay que impedir a toda costa que se cace al roano. ¿Estamos?

Juan no respondió y espoleando a su montura desapareció en un recodo del terreno.

Entonces alcancé a ver toda la maldad que encerraba el corazón de Bart y a representarme el fondo de la infame intriga que había montado a la sombra inconsciente del salvaje caballo roano. No hubo de esperar a que alguien me pusiese al corriente de todos sus pormenores; era bien claro: Bart era un cuatrero que había concebido la notable astucia de robar caballos esparciendo la especie de que se los llevaba el potro roano. Por consiguiente, era fundamental para el libre desarrollo de su espléndido negocio, que el bruto no desapareciese de los bosques; sin él, por pretexto, ¿cómo justificar la desaparición del ganado de los ranchos sin despertar las peligrosas sospechas de la policía?

Tan sutil ardil me hizo suponer que Bart no actuaba solo; por el contrario, disponía de una red de cuatreros desperdigados por las barrancadas, que recibían sus órdenes en secreto y las ejecutaban con perfecta y leal inteligencia. Estuve tentado de enfilar el belfo de mi montura hacia el sitio por donde

había desaparecido, escupirle la verdad a la cara y batirme con él allí mismo, mas me contuve, y, cambiando de parecer entráronme unos deseos furiosos de humillarle, cazando al roano, domándolo después y casándome con Alicia. No olvidaba que él la pretendía también y esperaba completar el negocio de los caballos haciéndola su esposa.

Eché mano del lazo que colgaba del arzón de mi silla y emprendí la persecución del potro salvaje. No quisiera que lo tomasesis como un pavoneo, pero es bastante general entre mis amigos el conocimiento de que tiro el lazo regularmente y con ventaja, esto obedece a mi pulso que dispone de equilibrio excepcional y a que mi ánimo no se altera nunca por emocionantes que sean las circunstancias en que se vé metido. Pues bien, lancéme por una cuesta pedregosa, doblé un macizo de rocas, y, bruscamente, transgrediendo las órdenes que yo había dado, alguien disparó un tiro. Airado, avancé como una flecha por entre dos fileras de alta roca y vi repentinamente ante mí a Juan y al caballo roano que pugnaba por remontar una cuesta resbaladiza. No tuve que esforzarme mucho para deducir que aquel bribón había disparado su arma con el propósito de ahuyentar al potro salvaje. Sin disminuir el empuje bravío de mi caballo, pasé, raudo, por el lado de Juan y blandiendo un instante el lazo por encima de mi cabeza lo lancé al cuello del roano. El golpe era seguro, no sólo por la escasa distancia que me separaba del potro, sino por el blanco soberbio que presentaba su cuello erguido con orgulloso altivez, mas he aquí que sentí bruscamente que mi lazo era obstruido por algo, y en vez de tenderse hacia el potro, desprendiéase con flojedad sobre mi espalda. Volvíme furioso y vi a Juan fingiendo mover torpemente su cabalgadura y tratando de desenredar su lazo de entre los anillos del mío. El bribón afectaba intentar lanzar el lazo al roano cuando en realidad, lo que perseguía y había logrado, era desviar mi cuerda y favorecer la huida de aquél.

—Quita de ahí, mastuerzo! —le increpé, mirándole desafiadoramente—. Si no conoces tu oficio vete al rancho a limpiar los pesebres

—Si me has enredado tu lazo al mío — protestó hipócritamente.

—Podría decirte con creces lo que ha ocurrido, pero no pasaré de advertirte que mientras dure la caza del roano no quiero verte a menos de una legua de distancia de los corvejones de mi caballo. Largo de ahí, pedazo de animal.

Juan no despegó los labios y desapareció de mi vista con evidente turbación. Mientras tanto, el potro roano se había

puesto a salvo de mi lazo, emprendiendo a todo galope la dirección de la llanura. Pero no había de mejorar la suerte, pues Alicia había tenido la feliz ocurrencia de ponerse al acecho en una hendedura de la roca providencialmente a ras del camino, que seguía el potro en su desenfrenada y ciega carrera y, en el instante en que llegó a su altura, echó el lazo con tanta soltura y acierto, que en el mismo instante la bestia cabeció encabritadamente. Tenía el lazo enrollado al cuello. Pero ocurrió una cosa imprevista, el potro, fogoso por excelencia, lejos de detenerse, batió el espacio como un relámpago, tomando la dirección de los eriales del este. Y yo tuve que contemplar con la consiguiente zozobra en el alma, que mi amada, obstinada en no soltar su preciosa presa, era arrastrada de la silla de su bruto y arrastrada bárbaramente por el potro roano. Júremo vengarla en la persona de Bart si tal contratiempo le costaba la vida y me lancé en loca carrera tras el impresionante grupo.

El corazón parecía querer saltárseme del pecho, y creo que llegué hasta a hundir la bota entera en el costado de mi veloz y esforzada cabalgadura. Hubo un instante, en que mi velocidad era tan vertiginosa, que todo cuanto me rodeaba aparecióse como un borrón immense que danzaba suelto y loco como una fantasía infernal. No tardé en colocarme entre mi novia y el roano, unidos por la cuerda que aquella no estaba dispuesta a soltar por todos los tesoros de la tierra. Desenvainé mi cuchillo de caza y corté de un tajo energético la cuerda tensa y vibrante. En el dilema de tener que elegir entre perder al roano o al ángel de mi amor, inclinéme por lo primero sin vacilar.

Afortunadamente en aquel preciso instante se verificaba el cerco promovido por mí, y el roano, cogido entre las dos puntas del garfio que formaban los muchachos, tras breve y fantástico forcejeo, caía con toda su fogosidad y sus brios en un doble lazo que lo inmovilizó.

Yo tenía bastante que hacer con Alicia, la cual había quedado bastante maltrecha de la espantosa carrera. Al incorporarla, pude retenerla por primera vez entre mis brazos, y, al fijar mis ojos en los suyos, descubrí tan elocuentes sentimientos que por un instante temí que el desmayo que le correspondía a ella sufrir por ser la víctima en el accidente, se me transfiriese a mí y cayssse a los diminutos pies de mi bella con temblores de inocente colegial.

Excuso deciros que mi despreciable contrincante Bart no tenía ya ombligo que encoger y echaba chispas por los ojos.

### CAPITULO III

#### EL RUEDO INFERNAL

Ya sólo faltaba domar al roano. Contemplar su bravía estampa en el potrero era para todos nosotros motivo de indescriptible admiración, pero ésta había de arrancarnos exclamaciones de entusiasmo loco cuando el bruto salió en el ruedo para ser sometido al yugo de la silla.

Había llegado el día de la empeñada competición. No olvidés que se trataba de ganarse uno de los mejores ranchos de Arizona. Naturalmente, no había uno solo de los muchachos que no quisiese tomar parte en la prueba, y por ello reinaba en el rancho una ruidosa animación. El coronel organizó el concurso con el espíritu de justicia que le caracterizaba: escribió el nombre de cada uno de nosotros en papelitos separados, luego enrolló a éstos metiéndolos en un sombrero, y, barajándolos bien. Llamó a Alicia.

—Bueno —le dijo entre zumbón y formal—. Vas a erigirte en diosa de la fortuna y verdugo a la vez.

—¿Yo? —preguntó mi ángel de vida o muerte, con azoramiento.

—Sí, tú. Yo barajaré los papelitos y tú los irás sacando del fondo del sombrero. El nombre que saques será el del hombre que deberá intentar domar al roano. Si el primero que salga logra someterlo a sus botas, habrá terminado tu misión; si, por el contrario, fracasa, sacarás otro papelito, y así sucesivamente. ¿Has comprendido?

—Sí, señor coronel; lo que no veo claro aún es por qué a causa de todo eso voy a ser yo verdugo y diosa de la fortuna de los muchachos.

El coronel soltó una de sus francas carcajadas, y respondió, mirando a mi amada con superioridad paternal:

—Vas a tardar un poco en comprenderlo. Puedes empezar. Alicia dejó de sonreír bruscamente, y observé, que al meter la mano en el sombrero ésta le temblaba ligeramente. ¿Os parecerá exagerado si digo qué su emoción no podía atribuirse más que al amor que sentía por mí? Bueno, por lo menos esto era lo que, poco más o menos, yo estaba pensando en aquel momento. Las palabras del coronel la habían intrigado y sufrió ya por temor a convertirse en mi verdugo.

El primer nombre que extrajo la linda mano de Alicia fué el de Santi. La sonrisa volvió a a florar en sus labios de fresa y me miró con rubor.

Suerte tan colossal no podía esperársela Santi. Todos sabéis perfectamente lo fachendoso y cañí que es y os imaginaréis fácilmente, que al oír su nombre, se puso altivo como un personaje y golpeándose el pecho sonoramente con teatral coraje y tosiendo con afectación, exclamó:

—¡En dos minutos lo tendré mío!

El potro roano esperaba en el ruedo. Le habíamos vendado los ojos, y dos muchachos le sostenían a ambos lados por medio de un doble cabestro. Aquella bestia era soberbia y cuando Santi logró saltar sobre su grupa después de una verdadera lucha, pensé para mis fueros que lo que haría mi amigo en dos minutos sería una piriuela monumental.

Sentir el cuerpo del jinete sobre su cuerpo y comenzar la danza fué cosa de un segundo. Cabriolas y brincos los había visto yo en mi vida de todas clases, alturas y formas, pero nunca de aquel jaez. El roano se plegaba, se distendía todo él e imprimía a sus lomos y a su espaldilla unos movimientos de epilepsia, tan bruscos y hábiles, que después de haberse sostenido algunos minutos heroicos sobre su grupa embrujada, el bravucón de Santi voló por los aires sin haber logrado imponer sobre el roano ni su freno ni sus fieras espuelas. El desgraciado quedó sobre el ruedo, inmóvil, y todos fuimos a recogerlo con la convicción de tener que soldarle un juego completo de costillas. Fué llevado a la cama y a pesar de que estaba desvanecido y nadie habría podido asegurar que vivía todos reímos de buena gana, pues para nosotros era aquel un espectáculo familiar. Sin embargo, no lo era para Alicia, la cual horrorizada ante la idea de que pudiese sucederme a mí un accidente semejante y comprendiendo ahora el significado de las palabras del coronel, en cuanto éste la volvió a invitar.

—Escoge otra víctima.

Negóse ella a hacerlo, separándose de nosotros visiblemente emocionada.

Yo fui a su encuentro, temblándome el pulso.

—Por qué se niega, Alicia? —le pregunté con voz insegura.

—Este concurso es criminal; no cuenten conmigo — contestó con un mohín rotundo.

—No sé por qué; Alicia, eso es muy frecuente entre nosotros, la caída de un jinete nunca provoca la muerte de éste y tales lances son muy familiares a Santi y a nosotros los que vestimos el traje de vaquero. No tema por ninguno de nosotros, pues tenemos los huesos irrompibles.

—Pues yo temo —me dijo con una mirada tan apenada que me causó una alegría indecible.

No podía ya abrigar la menor duda de que Alicia corres-

pondía a mis afectos, aquella angustia que reflejaban sus ojos revelaba claramente que por quien temía era por mí. Hubiera brincado de júbilo pero me limité a cogerla del brazo y llevárla otra vez junto al coronel.

Metió la mano mi ángel, nuevamente, en el sombrero y sacó un segundo papelito. ¡Atiza! Esa vez salió el nombre de mi otro entrañable y orondo camarada Alejandro; pero como ocurriese que, algo nerviosa, Alicia sacase dos papelitos a la vez y uno de ellos cayese al suelo, el coronel propuso:

—Antes de que Alejandro haga la prueba vamos a abrir esa papeleta que ha caído al suelo y como hoy es tarde ya el que vaya en ella será el primero en montar al roano mañana al proseguir el concurso.

Desdoblóse el papel y el coronel leyó el nombre de Bart. Yo miré a éste y le vi dibujar una mueca de terror. En aquel instante adiviné que, efectivamente, el capataz era un cobarde despreciable que detentaba el cargo de que se le había investido. Comprendí que deseaba llegar a la vicaría con Alicia del brazo, pero sin exponerse lo más mínimo a quebrarse un solo hueso, lo cual revelaba que no le movía a hacerlo más que un vil sentimiento de egoísmo. Sentíme, como nunca, con derecho a disputarle aquél pedazo de cielo o, por lo menos, a evitar por humanidad que si no tenía que pertenecerme a mí, dejase de caer en sus manos. Era un cobarde y un villano al que me propuse desenmascarar a la mejor ocasión.

Montó Alejandro a la grupa del roano y comenzó la danza infernal. Pobre muchacho; si brioso se mostró el caballito en sus piruetas cuando lo montara Santi, portóse como un huracán bajo el freno ágil y no despreciable de Alejandro. No sé si el valeroso y diestro barragán habría logrado domiar al indomable potro finalmente, pues parecía haberse pegado a él con alguna substancia misteriosa, cuando ocurrió un hecho impresionante.

Yo, movido por un secreto presentimiento, seguía con la vista todas las actitudes del aterrado Bart y le vi esconderse disimuladamente tras un cobertizo. A los breves instantes sonaba el seco estampido de un disparo. Nada hay que asuste más a un caballo salvaje como el ruido de los tiros, y el desalmado capataz, no buscaba otra cosa que enfurecer a la bestia y facilitar su huída, así se aseguraba dos golpes: evitar que Alejandro que parecía comenzar a imponerse al caballo, ganase el premio, y eludir el tener que montarlo él al día siguiente, cosa que, al parecer, le producía verdadero terror.

Lo que sucedió entonces horroriza todavía hoy al pensarlo. Al oír el disparo, el roano emitió un relincho estridente que denotaba el ciego terror de sus instintos, y, rápido y brusco

como un rayo, imprimió a su grupa una contracción tan rara que nosotros no habíamos visto jamás y el desgraciado Alejandro salió despedido volando un instante a gran altura para caer pesadamente sobre las tablas del cercado. El ruido que produjo al desplomarse repercutió en mi pecho como un mazazo mortal. Le recogimos sin conocimiento y le llevamos a su petate de la gañanía, sin saber si conducímos un cadáver.

Afortunadamente estaba vivo. Esos gañanes son de acero; pero su estado era para inspirar seria inquietud. Todos los muchachos se habían congregado en la gañanía. Entonces, como ahora, los vaqueros dormíamos en un compartimiento colectivo. Cuando revelé lo que había visto no hubo un solo muchacho que no quisiese linchar al desalmado capataz. Por desgracia suya, cuando los ánimos se hallaban más enconados, Bart hizo su entrada en el dormitorio común. Alejandro había vuelto en sí de su desvanecimiento y Bart acercósele con afectado sentimiento.

—¡Traidor! — espetóle Alejandro con indignación.

—¿Qué te pasa majo? — dijo Bart, con insolencia.

—Muestra tu revólver, y el cartucho vacío explicará a todos la causa de mi indignación.

Bart palideció, había comprendido al muchacho y se dió cuenta de que éste estaba enterado de su vil acción, pero lejos de buscar un subterfugio, actuando de acuerdo con su carácter pendenciero irguióse con altanería y respondió:

—Ya sabes que soy propicio a perder la calma y a sostener la autoridad de mi cargo por cualquier medio que sea...

—Tú aquí ya no puedes sostener más principio que el del crimen. Has querido matarme por la espalda porque eres un cobarde y un miserable. ¡Ah! Maldita caída que me ha molido los huesos, cuando me pueda sostener de pie te sacaré los hígados.

Bart soltó un terno y con las facciones demudadas por la ira hizo además de abalanzarse sobre Alejandro, el cual se había incorporado a su vez, mientras dirigía tan duras increpaciones al capataz, mas no le dejó alcanzar su objetivo. Interpuso de un salto entre los dos y detuve a Bart con una mirada llena de coraje.

—¡Canalla! — le espeté a gran voz.

—¡Quita de ahí, importuno! — bramó Bart.

—No, para cuanto pretendas sobre Alejandro puedes enterarte conmigo; yo tengo los huesos sanos, y, además, desde hace algunos días estoy consumido por las ganas de decirte lo que eres. De hoy no paso; he visto por mis propios ojos como disparabas y se lo he dicho a Alejandro. Cobarde, te da

miedo montar el roano y has querido probar si con el disparo el caballo huía otra vez a las montañas.

Bart tembló de ira y me respondió amenazador.

—Tú querías hablarme y yo deseaba romperle la cara a puñetazos.

—Pues ya ves —me apresuré a decirle crispando los puños con deleite— espléndida ocasión para realizarlo; aquí me tienes, y te advierto que te apresures porque cuando me hago la ilusión de una cosa difícilmente me conformo en renunciar a ella, y esta vez ten por seguro que no saldrás de aquí sin que hayas llevado a cabo tu hazaña.

Bart comprendió que yo estaba dispuesto a la pelea y de la ira pasó a la congoja mortal. Yo no dejaba de vista su mano derecha; Dios me tocaba el corazón, pues vi cómo el siniestro capataz se la llevaba bruscamente a la culata de su revólver para terminar fulminantemente con mi aliento.

Será preciso que os diga que antes de que aquella mano pudiese realizar su propósito, la mía había llegado a la cara de Bart. Del primer golpe le estrellé contra el canto de un escabel. Los muchachos lanzaron un alarido de entusiasmo, y Alejandro y Santi, desde su petate creo que me jalearon soltando vivas y exclamaciones con de tan furioso entusiasmo que me río yo del calor estupendo y de la gracia única que emplean los andaluces en sus cantos allá en la apasionada España. Os digo, aunque huelgue, pues lo sabéis tan bien como yo, que el departamento común de los gañanes es de proporciones considerables, y, sin embargo, a los breves instantes de camorra parecía más estrecho que una gruta.

Bart se incorporó bastante entonado, lo cual me hizo suponer que si era cobarde no era débil y encajaría largos y precisos mojicones. El problema revólver estaba resuelto, pues él de mi enemigo había rodado por el suelo y en cuanto al mío me guardaría de usarlo contra un semejante. Bart ya no tenía más remedio que defenderte si no quería atraerse la burla de los muchachos. Estaba demudado, y sin tambalearse lo más mínimo abalanzóse sobre mí y me largó un directo que me rozó justamente la barbillita. Esto fué como el verdadero botafuego, el escozor que me produjo el golpe encendiome la sangre hasta cegarme y me pegué a él para estrellarlo contra la pared. No pudo resistir mi empuje y vaciló hacia atrás para escapar a la presión de mis manos, dió traspies con no sé qué y rodó por el suelo arrastrándome a mí en la caída. Allí fué Troya: Bart era herculeo, y puesto en la brega sus músculos desarrollaban una fuerza considerable, logró alcanzarme el cuello, y, contracionándose con vigor, me hizo dar media vuelta y caerme encima. Esto acontecía al pie del patate de

Santi cosa que obligó a éste a incorporáse de un brinco intentando saltar al suelo sin temor a provocar las carcajadas de los muchachos que contemplaban la lucha al aparecer en traje de noche; porque es preciso que os haga la confidencia de que Santi, con su camisón de dormir, largo hasta los pies, tiene la interesante apariencia de un niño con chupete al que le ha crecido prematuramente una barba de cerdas, de esas con que los ogros espantan a los chicos de los cuentos.

Pero el bien intencionado Santi no pudo lograr su objetivo porque yo, apoyando los pies en el vientre de Bart, levantélo en vilo, lo estrellé contra la pared y incorporándome como un rayo le arrastré hacia la estiba de las camas superpuestas y le tachoné la cabeza en el espacio que media entre aquéllas. Esto lo realicé como un relampagueo y como no fué con vaselina sino a puñetazos la estiba se conmovió, tambaleóse un instante para caer con todas sus colchonetas y cabezales sobre la cabeza y la pintoresca camisa de dormir de Santi. Por contagio los petates vecinos volcáronse sobre Bart y yo y se armó allí una confusión que es imposible de describir. Santi pudo escurrirse de la balumba con un colchón en la cabeza y un orinal en la mano; yo me libré de las astillas a cabezazos, y al sacar mi torso por el intersticio que dejara un colchón vi a Bart escurriéndose por la parte alta de la estiba con los ojos desorbitados con terror. Pesquéle un pie y tiré de él con todas mis fuerzas logrando atraerlo así hacia abajo y rebotarle nuevamente contra la pared. Bart estaba desmelenado como un brujo y al contemplarle un instante adosado contra las tablas del compartimiento adiviné que empezaban a fallarle las fuerzas, faltaban solamente un par de golpes colocados con ciencia para dejarlo abatido a mis pies. Avancé hacia él para ejecutar mi propósito decidido y me hallé con su pie, que adivinando mi acción se había levantado muy oportunamente buscando mi vientre; lo encontré por un descuido mío y con un gran dolor de mi barriga fui a dar de espaldas contra una de las pilas de petates originando una especie de chispoteo de astillas a mi alrededor.

Esto soltó el chorro de mi furia definitiva. Incorporeme y avancé contra Bart; éste me miró con una expresión de espanto que me dió la medida del grado de mi combatividad y me convenció de que esta vez ejecutaba el último acto. Le cogí por el chaleco con ambas manos y lo alcé de un tirón; no sé si podía tenerse por sí solo porque se encogió, a lo mejor estaría ya con el alma metida por las botas, yo no me paré a reflexionar, ni por otra parte podía detenerse a elucubrar sobre un tema de humanidad dado que tenía en frente a un bribón de la más cinica escuela, y le descargué un férreo pu-

ñetazo en el mentón. Fué el acabose, Bart echó la cabeza para atrás, torció la boca, voló un segundo y fué a dar de cabeza contra una silla. Estaba vencido.

Los muchachos me aclamaron con entusiasmo y Alejandro confesó entre transportes de júbilo que yo podía ser para él más que una madre, un padre y una suegra, podría ser un verdadero hermano. Se disponía a estampar un casto beso en mi frente cuando Bart volvió en sí, alzóse sin que nadie le ayudase a hacerlo y tambaleándose como un beodo se dirigió hacia la pueria. Yo no le habría dicho nada porque es inhumano humillar al vencido, pero antes de trasponer el marco de la salida se volvió y contrayendo las quijadas con odio feroz mascullo entre dientes.

—Quedamos en deuda.

—A saldar cuando quieras — le respondí sin vacilar.

Musitó algunas palabras ininteligibles y se retiró. Se trataba de un alma ruin y cabia imaginarse que profería contra mí una fulminante amenaza de muerte. Su venganza no se haría esperar.

#### CAPITULO IV

##### LA OLA DEL DESFILADERO

En aquella noche memorable una vez que se hubo puesto todo en orden en la cuadra fué cuando compuse la famosa canción que hace poco habéis oido. La bravura del roano en el ruedo, la lucha encarnizada con Bart, todo predisponía al canto épico y a la creación y con el guitarrico en la mano plasmé en notas inspiradas las gestas de la jornada.

Mientras yo cantaba, Bart fraguaba mi perdición. Se vé que la idea de tener que montar al roano a la mañana siguiente le tenía en hondo desasosiego y lejos de irse a dormir, enderezó sus pasos a la cuadra en que Juan montaba la guardia aquella noche, y le dijo:

—Presiento que mi mandato aquí se acaba y hay que apresurarse a dar el golpe final. Oyeme bien: de momento importa que mañana el roano se halle en posesión de las mínimas agallas, pues he de montarlo yo y ya sabes que si lo domo la hacienda del coronel pasará a mi propiedad; ahora mismo te lo llevarás sujeto con un largo cabestro y le darás un largo paseo. Ponte en contacto con nuestros amigos de afuera y

que ellos te aconsejen lo que más conviene para dejar al caballito completamente exhausto. Tú regresarás acá con él, y, los demás se llevarán a todos los caballos que el roano tenía prisioneros. Hay ya bastantes, y, como la comedia de que el roano los secuestraba ha terminado, yo quiero convertirlos en dinero sonante.

—De acuerdo respondió Juan—. Te aseguro que el roano quedará hecho un corderito.

La noche era tenebrosa y a pesar de que la jornada hubiese sido rica en acontecimientos emocionantes, yo no sentía las menores ganas de descansar. Un presentimiento agitaba vagamente mi corazón y cuando hube compuesto mi canción sentí deseos invencibles de salir afuera a tomar el fresco. Me decidieron a ello los berridos de Santi y Alejandro que se pusieron a ensayar mi cantar, y, más que aquéllos, una fiebre que me acometió de ver y hablar bajo al palio de la luna, al ángel de mis devociones.

Salí, pues, y me enderecé a las dependencias del patrón en las que supuse estaría velando mi idolatrada Alicia. Como era muy timido empecé a temblar de pies a cabeza buscando una idea feliz que me permitiese acercarme a la casa y llamar la atención de Alicia sin que ésta se apercibiese de que lo hacía adrede. Vino en auxilio de mis tribulaciones ese raro fenómeno invisible que hace vibrar al unísono el pensamiento de los que se aman y experimenta un pánico y un júbilo infinitos al ver que mientras yo efectuaba estar poseído de una brusca afición a la astronomía escrutando los misterios del cielo, ella abría la puerta y salía para regar las flores. La muy ladina me había visto al través de la ventana y se vió acometida, a su ve, por el furioso deseo de dar de beber a sus florecillas del atrio.

—¡Oh qué susto! —exclamó al verme, fingiendo que perdía el aliento—. Le hacía entre los vaqueros.

—Soy muy aficionado a la astronomía — balbuci.

—Pues sería una afición reciente, porque es la primera vez que le veo enfascado en tales observaciones a esta hora — dijo con toda la intención y la inteligencia.

—Y usted parece que le ha entrado también bruscamente la idea de que a esta hora las flores reciben el agua más saludablemente — acometí con malicia.

—Hace ya algunos días... que... que... Pero en fin, ¿es que por este lado de acá de la casa se ven mejor los astros? — se desvió hábilmente con retintín.

Me sentí vencido y bajando la cabeza confesé con voz velada por intensa emoción.

—¿Por qué negarlo, Alicia? ¿Qué me importa la astrono-

mía? He salido para verla a usted. ¿Le desagrada esto? ¿La he ofendido?

Creo que palideció la bella, y me contestó, ahogándose de emoción:

—¡Oh, no; al contraio, soy tan feliz esta noche...!

Barboté no sé qué, tragué saliva largo rato, y al fin, loco, enajenado de felicidad, logré proponerle:

—¿No le parece oportuna la hora para salir a dar un paseo a caballo? El sol, las estrellas...

Me mordí la lengua, estaba loco, completamente loco y no sabía lo que me decía; a mis pintorescas sandeces contestó Alicia con un entusiasmo loco, y no me dijo que los rayos ardientes del sol, a las doce de la noche, le parecían mucho más coruscantes y poéticos que los de la luna a la misma hora del mediodía, porque las aceleradas palpitaciones de su corazón le impedían hablar; pero, en cambio, estuvo más elocuente volviendo a entrar en la casa para reaparecer vestida de amazona.

Ensillamos los caballos y nos encaminamos hacia las barrancadas del este. Aquella noche fui feliz, no besé a Alicia, pero le dije mil veces que la amaba y ella reclinó cada vez su linda cabecita sobre mi hombro con infinita dulzura y amor. Le acaricié las manos sin interrupción, y, el sol... digo, la luna presidió nuestro juramento de amor.

Era ya mi novia, y yo hinchaba mi pecho con orgullo de vencedor. Nuestras cabalgaduras, especialmente la mía, asaz inteligente, debieron comprender la delicada misión que desempeñaban, porque durante nuestro paseo no dejaron un solo minuto de andar pegadas por los costados favoreciendo nuestro madrigal.

Embebecedidos en nuestra mutua contemplación no advertimos que nos habíamos alejado más de la cuenta hacia las barrancadas. Esto no tenía nada de particular respecto a nosotros mismos, pero es el caso que, de repente, llegó a nuestros oídos un griterío apagado.

—¿Han salido también los muchachos a tomar el sol? — preguntóme Alicia sonriente.

—No, no, no ha salido nadie más que yo. Han quedado todos en el dormitorio cantando — contesté intrigado y sin prestarme a colaborar con mis sonrisas al buen humor de mi novia.

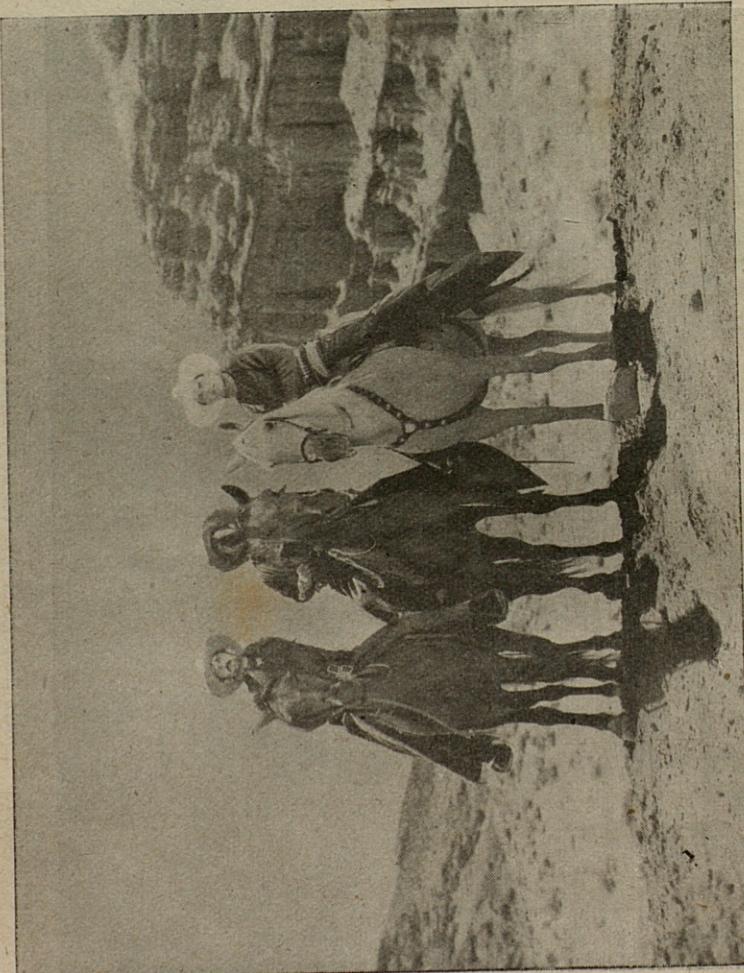
—Pues hay alguien por ahí.

—Indudablemente; espera un momento. Voy a ver si consigo distinguir a tan originales trajinantes. Es mala la hora para deambular por ahí.

Piqué espuelas, y procurando no hacer ruido, doble un macizo de rocas, enfilé un declive escarpado y de repente apareció ante mi vista, un espectáculo inesperado. Cuatro o cinco hom-



Nuestro vaquero despegó el revólver de la mano traidora de su amigo...



Pepe, con sus amigos oteó la vasta extensión de terreno que se les ponía por delante.

bres trataban en vano de dominar un caballo bravío que sujetaban con numerosos cabestros.

—¡Apretadle el bocado! — gritó una voz—. Golpeadle fuerte; este maldito roano no acaba nunca las agallas.

Me estremecí. Aquella voz era la de Juan. Volvi sobre mis pasos para reunirme nuevamente con Alicia, y, entonces, al bajar el declive vi en la hondonada, entre sombras agitadas, una piara numerosa y a su alrededor varios jinetes que la conducían. Habría sido difícil calcular la cantidad de caballos de que se componía, se contaban por centenares; valían una verdadera fortuna. Corrí al lado de Alicia, y la llevé al declive para que viera la piara.

—¿Esos caballos son de tu padre? — le preguntó.

—¿Qué sé yo? — contestó mi amada con estupor.

—Tú debes saberlo; esos muchachos conducen el ganado hacia algún sitio. Di, ¿ha vendido tu padre algún caballo esos días?

—No, no, que yo sepa, ninguno.

—Pues ahí va la mano de Bart. Juan y otros hombres tienen al roano ahí arriba y le apalean; la providencia ha guiado nuestros pasos esta noche, esos bribones preparan algún golpe.

En este instante, abajo, en el desfiladero que seguía a la hondonada, sonó un disparo. Bart, que formaba parte de los vaqueros que conducían la piara había visto nuestra silueta y daba la señal de alarma. Sonó ruido seco de cascos y la silueta del siniestro capataz apareció en lo alto del declive en que se apaleaba al potro y gritó:

—Soltad al roano y venid conmigo, alguien nos está espiando.

Sus acólitos obedecieron, y, el potro indomable, relinchando de júbilo, desapareció a todo galope en la oscuridad. En aquellos momentos me interesaba mucho más terminar de una vez con Bart, y dije a Alicia en voz queda:

—Esa canalla intentará aún llevarse a los caballos y hemos de probar de impedirlo. En cuanto se dividan para repartirse a lo largo de la piara atacaré a Bart; mientras tanto tú colócate a la salida del desfiladero y temme al corriente de lo ocurra: si me necesitas dispara dos tiros.

—De acuerdo — respondió Alicia.

Y espoleando a su montura se metió por entre las sombras de la noche con una valentía admirable. Yo me estremecí sólo de pensar que alguna maniobra desgraciada pudiese colocarla en las garras del despreciable y renegado capataz, pues ya no es necesario que os diga que en aquella noche iba a decidirse la suerte de todos; Bart estaba desenmascarado, y puesto en el dilema de ir a presidio o triunfar llevándose a

todo el ganado que había robado, no era nada difícil imaginarse qué intentaría lo último y que lo haría poniendo a contribución toda su astucia y todas sus fuerzas.

Todo esto fué tan rápido que yo pude lanzarme en pos de la silueta de Bart sin que la oscuridad ni los altos arbustos lograsen que llegase a confundirle. Los demás no me interesaban, tenía unos deseos irresistibles de acabar con él a toda costa.

Bart no tardó en darse cuenta de que era perseguido, y bien que la oscuridad no le permitiese reconocer que quien le seguía era yo, no creo que sea aventurado creer que lo suponía. Se guardó de plantarme cara; por el contrario, emprendió la huida con tanto atolondramiento que pronto se encontró aislado de los suyos en medio de la selva. Corría como un alocado, metiéndose por las breñas como si fuese de día. Yo no quería dispararle por no atraerme la atención de los demás cuatreros, que aunque sabían que su jefe era perseguido estaban imposibilitados de localizar el lugar. Pero esta prudencia echó por tierra todos mis planes; al doblar un macizo pedregoso perdí bruscamente la pista del capataz. No podía suponer que se hubiese puesto fuera del alcance de mi caballo, pues, ultra la evidencia de la franca superioridad de éste sobre el que montaba él, no podía creerse que en tan breve espacio de tiempo alcanzase una meta suficiente para hacerlo. Hube, pues, de suponer que había logrado esconderte en alguna hendidura de la roca o bien en una de las numerosas covachas naturales que perforan el terreno. Estaba dispuesto a ir a buscarle en el fondo del infierno despreciando a mi vida; la cabeza me zumbaba, la piara, no muy lejos de donde me hallaba yo, debía galopar hacia quién sabe dónde, pues el sordo ruido que producía al marchar no me había abandonado un solo instante.

De repente, dominando este fragor confuso que parecía hacer temblar la tierra, sonaron dos disparos. Alicia me llamaba, no vacilé un segundo y volví grupas dirigiéndome a todo galope hacia el desfiladero. Conocía bien el terreno y a tientas habría dado con todos los sitios que llevan un nombre y tienen una tradición. A los pocos instantes volvieron a repetirse los dos disparos de alarma y entonces deduci, con el desasosiego consiguiente, que el ángel de mis amores se hallaba en algún trance mortal. Destrocé las ijadas de mi leal montura con las espuelas para que volase y llegué al desfiladero por una vereda intrincada que llevaba al medio.

Lo que entonces vi a la luz de la luna me erizó el pelo y paralizó mi corazón; Alicia se hallaba tendida en tierra en medio del angosto desfiladero, cerrado a ambos lados por alta

muralla de rocas, y a poca distancia y corriendo hacia ella la columna de los caballos que conducían los secuaces de Bart relinchaba como un mar embravecido. Me encomendé a Dios, había llegado la última hora de Alicia y yo quería morir con ella. En un golpe de vista relámpago calcué el tiempo que se precisaría para correr al lado de mi amada, cogería y volver a salir del fondo del desfiladero; ni practicando esta operación a caballo lograría otra cosa mas que encerrarme en la cuña escalofriante. Huir no era posible, pues la salida del desfiladero estaba lejos y antes la piara encabritada nos habría arrollado. Había un recurso supremo, el terror que inspiran a los caballos salvajes los disparos. Con esta esperanza lanceme al desfiladero, descabalgue de un salto y dije a mi inteligente y leal caballo.

—¡Ponte al frente de nosotros y muerde a esos que llegan!

La piara llegaba con un crepitar de mil tempestades, levantando nubes de polvo; semejaba aquello un río de lava animado. El similitud no es absurdo, pues recuerdo perfectamente que el vaho de tantas bestias reunidas llegó a mi rostro en oleadas sofocantes. Sólo tuve tiempo de levantar a Alicia, pegarla a mi pecho y decirle:

—¡Valor, amor mio! Moriremos juntos.

Ella cerró los ojos, mas yo no; al contrario, los abrí como nunca, saqué el revólver y comencé a disparar al aire. Parece increíble y, sin embargo, es tan verdad como os lo estoy contando, que aquel río encrespado y avasallador, compacto como una masa immense de carne, desde los primeros disparos se bifurcó a pocos pasos de nosotros, pasando con estrépito y vértigo sin rozarnos un solo pelo.

Fué casi un milagro. Envueltos aún por el polvo, Alicia y yo nos miramos un instante con intensa emoción.

—Me has salvado la vida — dijo mi amada con voz entrecortada, mientras se arrebujaba contra mi pecho.

—Dale también las gracias a mi caballo — le dije sonriendo.

Mi leal bestia se acercó, estirando el belfo hacia la chica con marrullería. Se había portado bravamente colaborando a mis esfuerzos con sus agudos incisivos, levantando las manos para asustar a sus congéneres y describiendo círculos a nuestro alrededor para facilitar la acción de mi revólver.

—¿Qué te ha sucedido? — pregunté a Alicia.

—Al descubrir a los vaqueros que conducen la piara he querido atacarles y me he caído del caballo.

—¿Te has hecho daño, hermosa mia?

—Me he lastimado el tobillo.

En efecto, Alicia no podía dar un paso, y era mi deber re-

nunciar a la persecución de Bart para cuidarme de ella. Cuánto me dolía, no sólo porque mi pasividad podía facilitar los propósitos de Bart, sino porque el roano volvía a estar libre y ello me privaría de la posibilidad de ganar el premio que tanto apetecía, ¡ahora que ya tenía novia! Había que pensar en retornar al rancho.

—No es nada —se esforzaba en convencerme mi amada.

Algo esperanzado de que así fuese quise reconocerle el tobillo allí mismo. Tenía tantas ganas de cazar a Bart de una vez. Ahora ya tenía testigos de su culpabilidad.

Por fortuna para mis propósitos, mientras yo me hallaba con tales tribulaciones, en el rancho sucedían cosas muy interesantes que laboraban para mi felicidad. Dormían a pierna suelta los muchachos después de haber apurado todos los recursos artísticos de su voz, cuando la puerta de la cuadra se vino abajo con estrépito brutal, penetrando en ella como un meteoro un caballo sanguíneo y arrollador. Era el roano.

Algo se le había pegado de su breve cautividad en el rancho y llevado del instinto, y quizás ya de un naciente afecto a todo lo concerniente a aquél, quería hacernos una visita ahora que volvía a gozar de su preciosa libertad. Mas os digo, que la tal visita no era de cumplimiento ni nada que se le pareciese. Después de derribar la puerta, el amable caballito se dignó tomar el dormitorio común de los gañanes por un hipódromo y se puso a trotar por él como don Pedro por su casa.

¿Qué vocablos debo emplear para dar idea de la magnitud del caos que se originó allí? Yo no lo sé. Despertar al estrépito y ver al roano fue para los muchachos casi el principio del fin, y habría sido histórica una foto tomada allí en tal instante, pues alteraron, sino armoniosamente, por lo menos pintorescamente los colores magníficos del roano con el blancor pudoroso de los calzoncillos de mis camaradas, y principalmente con el de la encantadora y casta camisa de dormir de Santi. Porque todo el mundo saltó del petate lanzando alaridos y precipitándose por las numerosas ventanas de la cuadra hacia el exterior. Sería interesante conocer las tribulaciones que pasaría la luna aquella noche para esconder su rubor ante espectáculo tan liberal: con calzoncillos hasta el tobillo y camiseta con mangas largas aquel puñado de arrogantes jinetes eran capaces de commover la pétrea serenidad incommovible de la estatua del Comendador.

Sin pararse en recatos ni sentimiento discreto que tuviese frontera con ellos, Santi y Alejandro corrieron a las dependencias de D. Jaime gritando con todos sus pulmones:

—¡Que se ha escapado el roano!

La voluminosa nariz de D. Jaime no tardó en aparecer y

los dos barraganes le contaron atropelladamente lo acaecido.  
—¿Quién ha dado libertad a ese potro embrujado? —bramó el buen hombre.

—Es el diablo, es el diablo! —sólo lograban articular mis dos entrañables camaradas con la respiración jadeante.

—¿Dónde está Bart?

—No se vé por ninguna parte

—¿Y Pepe?

—Tampoco.

—Pues, vivo, ensillad todos y esperarme; algo ha ocurrido que es necesario averiguar.

Fué llamado el coronel, y, a los pocos minutos salía, con don Jaime, al frente de los muchachos en dirección a las barrancadas. Sin calzoncillos, es decir con ellos aún, pero decentemente cubiertos, a caballo, el lazo en el arzón y el revólver al cinto, mis queridos camaradas volvían a recobrar su arrogancia imponente y a ser capaces de las más heroicas acciones.

Cometida su hazaña, el roano regresó a la montaña. Y, ¿creeréis que he supuesto siempre que el móvil de su tempestiva visita al rancho era el de ver y saludar a Bart? ¿Quién sabe lo que pasaría por el instinto del noble bruto? Pero es lo cierto que si tal hubo, no fué precisamente para hacerle a mí capataz vivas protestas de leal cariño. Y digo todo esto porque como fuese que el siniestro Bart, perdida su cabalgadura, se vió obligado a buscar refugio en las barrancadas a pie, el roano buscó su pista y dándole alcance trató de echarse sobre él, y habría logrado hacerlo a no ser que el ruin cuatrero logró escondérse en un socavón. El roano presentía la maldad de aquel traidor.

Alicia y yo, que no podíamos sospechar nada de cuanto estaba ocurriendo, cabalgábamos en dirección al rancho, cuando de repente se presentó ante nosotros un espectáculo inesperado: los muchachos del rancho, y entre ellos Santi y Alejandro, tenían al roano cogido con cabestros, mientras el coronel y D. Jaime hablaban de este jaez.

—D. Jaime, amigo mío, yo opino que la mejor manera de acabar con tanta zozobra es matar al roano de una vez.

—Es lástima, porque el caballito tiene una estampa soberbia —respondió mi patrón—; pero creo, como tú, que ha hecho todo lo posible para ganarse una certa bala en el cerebro.

El esfuerzo de los muchachos había sido coronado por el éxito y tras una maniobra hábil habían logrado volver a cazar al roano. Había ayudado a su valor y pericia la claridad del alba que se difundía ya por el cielo. Se distinguían bien todos los cuerpos y en cuanto hubo hablado D. Jaime me estremeció de pies a cabeza al ver al coronel que apuntaba su rifle a la

cabeza del potro salvaje para consumar la sentencia.

Yo no sé qué pasó por mi espíritu y mi corazón; fué una mezcla de gratitud al caballito por haber dado ocasión a que mi idolatrada Alicia me revelara sus sentimientos de amor a las bestias y, ¿por qué no decirlo?, de una gran parte de egoísmo de mi felicidad, pues si desaparecía aquel bruto esfumábase como un sueño la posibilidad de que yo me convirtiese en propietario de una de las más ricas haciendas del coronel; y es interesante hacer observar que sin ella mi matrimonio con Alicia se vería aplazado indefinidamente.

No nos habían visto todavía a Alicia y a mí, y se volvieron estupefactos al oír mi voz recia exclarar, mientras avanzaba hacia el coronel con los brazos tendidos aparatósamente:

—¡No, no dispare usted, señor coronel!

Como es natural, no disparó, y antes de entrar en materia tanto él como el padre de Alicia, quisieron oír la narración de nuestras aventuras.

Mientras hablaba, Bart, que vagando perdido y derrotado nos había descubierto, probaba a deslizarse a nuestra espalda hacia el caballo de Alicia para huir.

Bart, aterrorizado, probó a escapar con ayuda de sus piernas, pero le cazamos fácilmente con un lazo. Entonces, en aquella humillante actitud, formulé mi acusación concreta y circunstanciada de la que nadie dudó.

—Usted y no el roano fué quien robó las yeguas y demás ganado. Confiese, porque es ya inútil que trate de rehabilitarse.

Bart confesó la verdad, que era exactamente lo que yo había descubierto. Con el corazón radiante estreché a Alicia entre mis brazos; luego me volví hacia el coronel y me estremecí nuevamente al oírle decir,

—Sigo opinando que debemos matar al roano para terminar de una vez.

—¡No, no de ninguna manera! — le atajé parando su rifle.

—¿Para qué quieres más? —me respondió el coronel—. Hemos terminado con Bart y haciendo lo propio con el bruto ese, gozaremos de una paz casi octaviana.

—Usted ha prometido regalar una hacienda a quien domé al roano y no es capaz de faltar a su palabra.

Con esto logré hacer vacilar al pudentoroso coronel, quien arguyó aún:

—¿De qué puede valer mi palabra si nadie es capaz de domar a esta bestia?

—Yo la domaré — aseguré rotundamente.

Y la domé. Fué aquella misma mañana; estuve soberbio. El roano se presentó al ruedo con su brío habitual, pero el potro indomable fué domado por mi freno y por mis botas.

El brincó, sacó todo su programa fantástico de cabriolas y posturas, mas fué inútil, yo no despegué mi asiento de su grupa infernal y al cabo de unos minutos se paró, dócil y manso como un cordero. Entonces pude estampar tranquila y triunfalmente un beso de gratitud en su frente fogosa.

—¡Te has ganado la hacienda! — me dijo solememente el coronel.

En un transporte de júbilo besé por primera vez a Alicia en la boca con pasión y felicidad. Luego me volví otra vez hacia el coronel y le dije:

—Es la ley del Oeste americano que el que doma a una bestia salvaje es amo de ella, ¿no es verdad?

—Eso es.

—Soy, pues, propietario del roano y puedo disponer de él como me plazca?

—Ni más ni menos.

Quité la silla al roano y en compañía de Alicia me lo llevé a la selva. Allí volví a besarle, y, al tiempo que le acariciaba con una palmada cordial en el cuello, le dije:

—Eres mío, pero te devuelvo la libertad. ¿Estás contento?

El roano brincó de júbilo por toda contestación y echó a correr con la alegría de los seres libres hacia las barrancadas y los pastos, que eran su insustituible palacio de oro y marfil. Estaba ya domado y en adelante no haría daño a nadie, sobre todo habiendo desaparecido Bart y sus acólitos, a los que se cazó poco después junto con los caballos robados.

Juré eterno amor a mi Alicia, con la que me casé al poco tiempo y con la que vivo aún con plena dicha y amor.

Así fué como llegué a ser el yerno de D. Jaime y a componer esa canción tan brava, de la veracidad de cuya letra alguien se ha permitido aquí dudar.

F I N

## EDITADAS Y EN EXISTENCIA:

- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costall*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
- 17. *Baile en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Raptio*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
- 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
- 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
- 28. *El Trío de la Fortuna*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
- 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwickie.
- 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
- 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorsak.
- 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
- 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerht y Paul Hartmann.
- 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
- 45. *Una semana en la Luna*, por Anny Ondra y Hans Shonker.
- 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerth y Johannes Heesters.
- 47. *Aguilas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.
- 48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
- 49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
- 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gaal.
- 51. *La bailarina vienesa*, por Lilian Harvey y Rolf Moebius.
- 52. *El doble del Rey*, por Alberto Matternstock y Gusti Huber.
- 53. *Brazos de acero*, por Victor Mc. Laglen y Binnie Barnes.
- 54. *Wolga-Wolga*, por Hans Adalbert y Wera Engels.
- 55. *Valle prohibido*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
- 56. *Capricho* por Lilian Harvey y Paul Staal.
- 57. *Búsquenne una noche*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
- 58. *Cuatro amigos*, por Victor Mc. Laglen.
- 59. *Mares del Sur*, por John Wayne y Diana Gibson.
- 60. *Ojo por ojo*, por Buck Jones.
- 61. *Alarma en la ciudad*, por Boris Karloff y Jean Rogers.
- 62. *Su primera escapada*, por Jackie Cooper y Joseph Calleia.
- 63. *Contrabando*, por Hans Albers y Lotte Lang.
- 64. *Millonario a sueldo*, por George Murphy y Alice Faye.
- 65. *La Excéntrica*, por May Robson.

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154  
BARCELONA

N.<sup>o</sup> 66